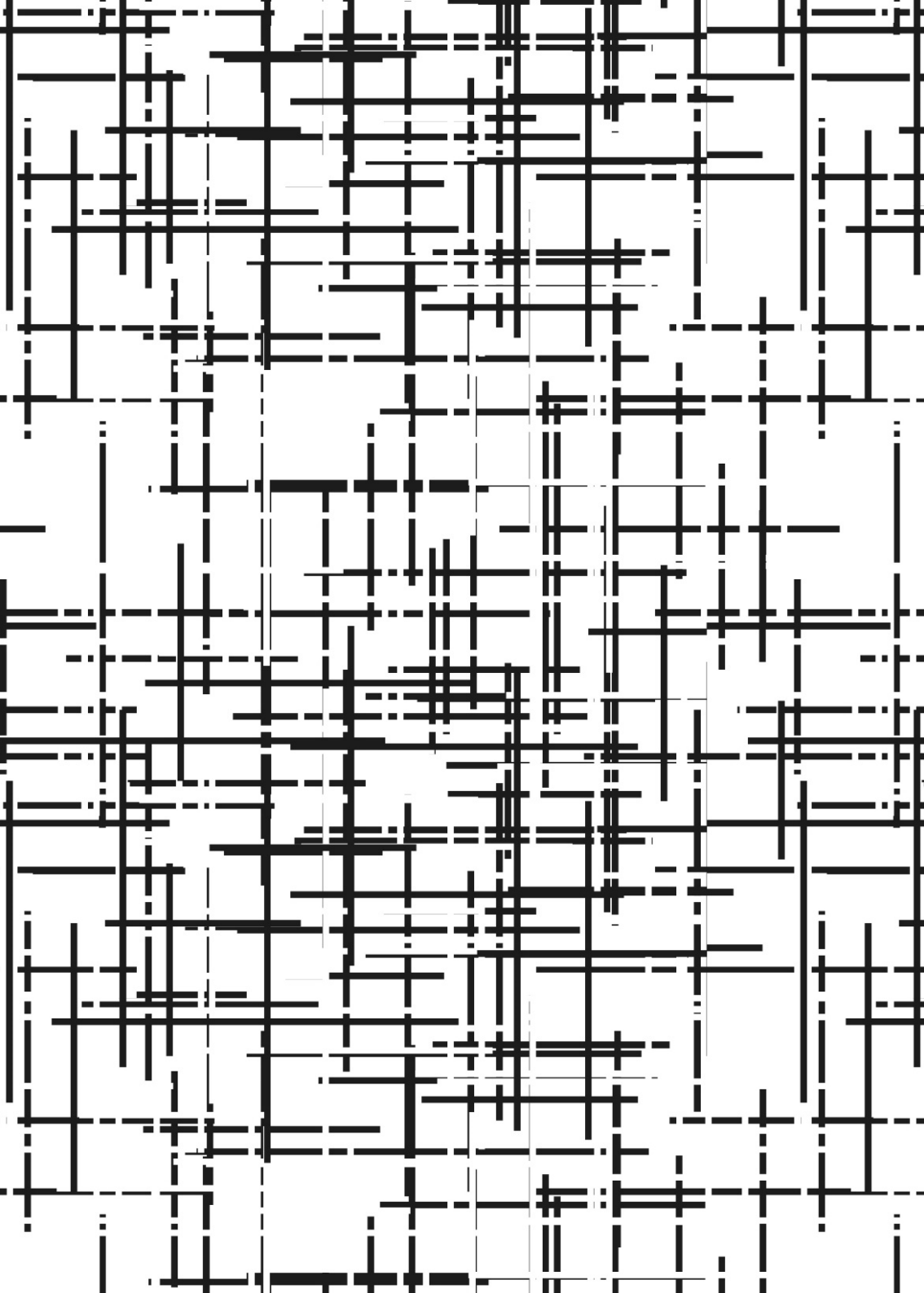


Cómplices

© del texto: Montse Félez
© maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.
© portada: Punto Rojo Libros, S.L.
© de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2016
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla, 41004
Teléfono: 911.413.306
WhatsApp: 622.843.306
info@puntorojolibros.com
www.puntorojolibros.com

Impreso en España • Unión Europea
Primera edición: septiembre 2016

ISBN: 9788416877140
ISBN eBook:

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o scanear algún fragmento de esta obra».

Montse Félez

Cómplices

PUNTO ROJO
libros

Mi compañera, se había incorporado nuevamente al trabajo después de sus vacaciones estivales. Yo, le pasaba el testigo de los asuntos pendientes, puesto que mañana empezaba las mías.

Una vez terminada la jornada, decidimos ir a comer juntas con el fin de concretar los flecos que quedaban de pequeños retrasos en algún papeleo.

Nos decidimos por un restaurante rápido y a buen precio.

— Se me ha hecho larguísima la jornada de hoy. Las vacaciones hacen que te olvides del trabajo y es que lo hemos pasado divinamente este verano.

— ¿Y la niña?

— La tuvimos con nosotros la primera semana, después la llevamos con los abuelos al pueblo. Allí tiene sus amigos de todos los años y además es más tranquilo para ella. A nosotros nos gusta aprovechar los días a tope y con la niña... ¿y vosotros, donde vais?

— Pues... no lo sé. Mi marido ya hace quince días que va de un lado para otro. No hay manera de que coincidamos todas las vacaciones al mismo tiempo. He llegado a pensar que lo hace adrede...

— Bueno mujer, la cuestión es que los quince días estos los aprovechéis bien.

— Ya... pero después me quedan otros quince días a mí que me aburro como una ostra.

— Pues haz como él y vete por ahí...

— No creas que no lo he pensado alguna vez, pero si me voy yo sola por ahí, seguro que recibiré críticas de todos lados, incluso de los míos. En cambio él se va, se lo pasa pipa y nadie dice nada...

— Tú a lo tuyo y no pienses en los demás. Tampoco lo acertarás, hagas lo que hagas.

— ¡Qué razón tienes!

Cuando llegué a casa, mi marido no estaba ¡era lógico, tenía vacaciones! Pero bien sabía que hoy terminaba yo mi trabajo. Esperaba que vendría a recogerme, pero en vista del poco éxito obtenido, me decidí por arreglar un poco la casa, poner la lavadora en marcha y darme un buen baño sin prisas ¡a saber cuándo volvería el señor!

Al volver a casa después de los "maravillosos" quince días que me había preparado mi marido, me juré que nunca más volvería a pasar un verano como éste.

Después que me había prometido que tenía un par de destinos de los que nos gustaban apalabrados, o medio pagados, o qué sé yo, fuimos a parar a una playa archiconocida y superabarrotada, con los hoteles a tope y un servicio que dejaba mucho que desear... ¡Ah, pues a él le pareció estupendo! Y ahora, para colmo, estos días caseros interminables... si por lo menos hubiésemos tenido descendencia sería diferente. Los niños absorben todo tu tiempo y no te dejan pensar en nada más, pero mi marido no ha querido nunca ni oír hablar de ir al médico por esta circunstancia. Siempre dice que han de venir sin ninguna ayuda, al natural...

Había preparado una comida fría y teníamos helado en el congelador, así que cogí el diario, me senté en el sofá y me dispuse a ojearlo. Tenía tiempo de sobra ¡estaba de vacaciones!

Lo de siempre, las primeras páginas con las últimas noticias del conflicto de turno en cualquier lugar del mundo, política y políticos con sus dimes y diretes, artículos de economía, de ciencia y anuncios, muchos anuncios. Uno destacado en negrita hizo que me fijase en él "Se necesita secretaria-ama de llaves. Dedicación completa. Buen sueldo. Alojamiento y coche a su disposición. Urge" Y daban un apartado. Pasé página y me puse a dormitar con el diario en el regazo.

Por las tardes en estos días, casi obligando a mi marido cuando volvía a casa, solíamos ir a pasear, al cine o a cenar a algún restaurante con terraza. Al día siguiente, volvía a tener toda la mañana por delante y las cosas básicas ya hechas.

Sentada en el sofá dispuesta a esperar la llegada de mi marido, cogí nuevamente el diario para pasar el rato. Siempre eran del día anterior, puesto que él se lo traía cuando volvía a casa. Miré con curiosidad los anuncios y allí estaba el destacado en negrita que vi el día anterior. Cogí una hoja de papel y escribí cuatro líneas. Tampoco iban a contestarme... guardé el sobre cerrado en mi bolso. Lo echaría al correo mañana cuando saliera a comprar.

Para mi sorpresa, no habían pasado apenas cuatro días cuando recibí contestación. Me indicaban un número de teléfono y un horario para ponerme en contacto, a ser posible cuanto antes.

La curiosidad y el deseo de algún aliciente a mis aburridas vacaciones, me hicieron llamar al día siguiente. Un hombre me atendió muy amablemente. Dijo que había recibido bastantes contestaciones, pero que había seleccionado las que le parecieron más adecuadas. No quería dar detalles por teléfono, prefería una entrevista personal. Me dio la dirección de su despacho y quedamos en vernos al día siguiente por la mañana, así que decidí pasar a curiosear.

Naturalmente a mí no me interesaba otro empleo, pues ya tenía mi trabajo fijo en la administración. Un trabajo sedentario sí, pero sin sobresaltos, seguro, pero me hizo mucha gracia que contestasen a mi petición de trabajo.

Al día siguiente muy curiosa y con el deseo de llenar el vacío de la mañana, me acerqué a la dirección indicada. Me recibió un hombre de cuarenta y algún años, normal, ni muy alto ni muy bajo, educado y agradable. Me preguntó por mi situación familiar. Le mentí. Le dije que no tenía hijos, era cierto, pero que era más o menos libre.

— Bien —me dijo— le hago esta pregunta y perdóneme si le parece una intromisión en su intimidad, porque el lugar al que se refería el anuncio está a unos cien kilómetros de aquí y habrá que ir a vivir allí. Naturalmente con viajes continuos a la capital por necesidades del propio trabajo o en sus días de asueto, con lo que tampoco estaría del todo aislada de su familia. El asunto es que he comprado un antiguo castillo. Usted ya debe saber que, últimamente, los ayuntamientos se deshacen de ellos a través

de subastas con el fin de no tener que restaurarlos, a lo que están obligados por ley. El que yo he adquirido tiene una parte en buen estado y otra parte semiderruida por el paso de los años, las aguas e incluso el vandalismo, motivo por el cual el precio ha sido relativamente más asequible. Dispone también de una buena porción de hectáreas de terreno de bosque y tierras yermas. Mi intención es construir un Hotel tipo resort, de una cierta categoría...

Siguió dándome detalles entre ellos, el coche de que dispondría para mis desplazamientos, un todo terreno, pues para aquellos "pagos" según le dijo era lo mejor, además de un sueldo que doblaba largamente el que cobraba actualmente. Por descontado, hasta que no estuviese todo organizado, los horarios también serían muy dilatados. Quedé en darle una contestación lo antes posible, tal y como le pedía.

Me dio la impresión que le había gustado mi entrevista.

Al salir, vi dos personas más que esperaban en recepción. Me fui caminando. Tenía tiempo y así podía ir pensando sobre lo que me había propuesto.

Me estaba cautivando la idea de ese cambio de vida, que podía ser tan propia y tan diferente a la actual. Podía pedir excedencia de un año que, alargable hasta dos sin perder mis derechos. Pero ¡quiá! cualquiera de las otras muchachas le interesarían más que ella seguramente.

Dos días después le llamé. Le dije que podía interesarme, pero que quería conocer el lugar de trabajo para hacerme mejor a la idea. Para mi sorpresa, estuvo de acuerdo y quedamos por la mañana a primera hora. Di la excusa a mi marido que comería con unas amigas y que volvería tarde.

Me presenté en el despacho a la hora convenida.

Bajamos al garaje, cogió un todo terreno oscuro y salimos de la capital. Después de un buen rato, dejamos la carretera nacional para introducirnos en una regional. Cuando llevábamos una hora más o menos de camino pasamos muy cerca de un pueblo bastante grande y entramos en un camino asfaltado un tramo y más tarde de tierra, un tanto angosto y de subida.

— Cuando demos la vuelta a ése recodo, verá el castillo —dijo.

Así fue y al llegar, paramos en una gran explanada. Era una inmensa mole. Quedé impresionada. Había un foso todo alrededor, ahora sin agua, e incluso puente levadizo cuyo mecanismo debía estar estropeado, pues no se veía ninguna cadena para izarlo.

Al oír el coche y el claxon que hizo sonar insistentemente, salió el guarda de la finca.

Así como entrábamos, iba dándome algunas explicaciones sobre los recintos por los que pasábamos en la planta baja. Después salimos al enorme patio central, cuya magnitud

daba idea de la grandiosidad del castillo en sus buenos tiempos.

— Bien, ya hemos visto lo más importante para usted en estos momentos, este vetusto edificio y donde está situado. Ahora le indicaré donde viviría hasta que todo esto estuviese en condiciones, para lo que tendremos que volver a bajar y entrar en el pueblo que hemos dejado atrás.

Paramos en lo que debía ser la plaza mayor. Al fondo había un edificio que parecía restaurado con una puerta de sillería en arco de herradura, que debía ser el Ayuntamiento, a juzgar por el mástil que había en el balcón central. Aparcó y nos dirigimos a uno de los laterales, donde estaba situada la fonda. Entramos. Pidió que nos enseñaran una de las habitaciones sin lujos, pero con todo lo necesario para estos tiempos.

— Una de estas habitaciones sería su alojamiento a toda pensión que, como le dije, iría a nuestro cargo hasta que todo estuviese regularizado. Lo siento —dijo mirando su reloj— se nos ha hecho muy tarde. Si quiere, podemos quedarnos a comer aquí.

Acepté encantada, pues con tanto caminar por el castillo se me había despertado un apetito feroz, además de que la excursión en sí me estaba salvando de un aburrido día en casa. Ya sentados, siguió dándome detalles.

— Las funciones que tendría que desarrollar en principio serían muy variadas, tal y como especificaba

en mi anuncio. La coordinación de todo, mi segundo, mi secretaria, archivera, telefonista, ama de llaves... Yo tengo otros negocios y no puedo dedicar todo mi tiempo a este proyecto. Necesito una persona en quien pueda confiar plenamente, pero también a quien no le asuste el trabajo ni las responsabilidades.

El viaje de vuelta se me hizo más corto. Quedamos en que le daría una contestación, como máximo en un par de días.

Llegamos a la ciudad a media tarde. Era pronto aún para volver a casa y fui caminando metida en mis pensamientos, un tanto contradictorios. La idea me apetecía cada vez más ¡era tan diferente a la monótona vida que llevaba! pero me sentía inquieta y no sabía cómo planteárselo a mi marido y al resto de la familia.

Por la noche no pude dormir dándole vueltas al asunto. Al día siguiente, acabadas mis vacaciones ya en el trabajo a la hora del café, hice un aparte con mi compañera de sección a la que me unía una buena amistad y le expuse la idea que me rondaba de tomarme un año sabático.

— Yo estoy muy bien contigo ya lo sabes y no me apetece nada que venga otra compañera a ocupar tu lugar, pero es una decisión que debes tomar tu sola. Tampoco pierdes nada, no serás la primera ni la última que lo hace y si te interesa...

Tenía razón, la decisión debía tomarla yo y estaba francamente decidida. Al llegar a casa llamé a mi madre. Le dije que iríamos a cenar por la noche. No era una práctica habi-